La masonería bonapartista: las logias de Almagro y Manzanares (1809-1814)

J. MARTÍNEZ MILLAN

La invasión peninsular por parte de las tropas napoleónicas favoreció la difusión de la masonería en España. Ello fue debido –como señala el profesor Ferrer Benimeli– al deliberado apoyo que Napoleón prestó a la institución «transformándola, bajo su directo control, en un poderoso auxiliar político»¹. Para ello fue necesario suprimir todas las trabas legales que impedían su normal desarrollo y que presentaban una imagen opuesta a la que pretendía irradiar el poderío francés tras la revolución, tal era el caso de la Inquisición². Muchos españoles, por convicción ideológica o por intereses particulares, no tuvieron inconveniente en colaborar con el nuevo gobierno y en acudir a las logias donde, entre otras cosas, eran adoctrinados en los ideales políticos napoleónicos. Sin embargo, la vuelta de Fernando VII, en 1814, con su programa absolutista y la consiguiente restauración del Santo Oficio, produjo numerosas acusaciones de masones y colaboracionistas con el régimen anterior (José I) por parte de aquellos que se consideraban «españoles sin tacha». Es por esta razón por la que la documentación inquisitorial guarda sustanciosas noticias referentes a la *masonería bonapartista*. Con todo, es necesario advertir que el interés del gobierno fernandino por destruir cualquier oposición a su sistema político, mezclado con la ignorancia del pueblo sobre lo que era la masonería, motivó numerosas acusaciones ante el Santo Oficio sobre personas que eran consideradas masones, cuando en realidad se trataba de opositores y contestarios al sistema político vigente. Por ello, antes de introducirnos en el tema de nuestro trabajo se impone realizar una distinción de los diversos tipos de masonería que existieron en la península durante los primeros veinte años del siglo XIX, al menos, desde el punto de vista de las acusaciones.

1. En primer lugar, una *masonería francesa*, cuyos componentes

---

1. FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería española contemporánea. 1800-1868*. Madrid, 1980, p. 39.

2. El 11 de diciembre de 1808 salía el decreto de supresión de la Inquisición en la Gaceta de Madrid. AHN, Inq. Leg. 5135.

fueron los soldados del ejército de Napoleón y que desapareció cuando los franceses fueron expulsados de España. Sin embargo, muchos documentos (cartas, actas de reuniones, listas de componentes, etc.), quedaron en sus centros de reunión y fueron incautados por el Santo Oficio. Así, en 1815, el presbítero Luis Friz Ducos, administrador del Real Hospital de San Luis para franceses, en Madrid, denunciaba que «reconociendo varias habitaciones sin uso de aquel edificio halló un depósito de papeles de peso de más de siete arrobas» referentes a masonería francesa en tiempos de la ocupación³. Encargado de examinar tales documentos Francisco José de Molle, inquisidor de Corte, presentaba la siguiente relación:

«No he hallado más que una gran porción de papeles concernientes a asuntos militares y entre ellos los borradores adjuntos que sin duda son fragmentos de las planchas o trabajos que en limpio presentaría a la logia el masón que los hacía y escondió en el cofre que se halló en el mismo cuarto.

El número 1.º contiene algunas adiciones al catecismo que de memoria aprenden los aprendices.

El número 2.º es copia de un acta de la logia de los *Amigos del Honor y la Verdad*, nombrando una comisión de sus individuos para tratar con la *Gran Logia de París* asuntos pertenecientes a esta.

Las demás hojas sueltas son pedazos de discursos concernientes a su «depravada doctrina».

La relación terminaba diciendo: «También incluyo una nota con los nombres de varios francmasones de la logia *Santa Julia*»⁴.

2. *La masonería bonapartista española*, integrada por españoles colaboracionistas con el régimen francés (afrancesados), en cuyas logias eran adoctrinados en los ideales políticos del nuevo gobierno. Muchos de estos individuos, que ocuparon puestos de responsabilidad en la administración durante el reinado de José I, huyeron con el ejército francés, pero otros se quedaron en España considerando, tal vez, que su colaboración con el «gobierno intruso» no había sido tan estrecha o pensando adaptarse sin ser notados a la nueva situación creada en la península con la venida de Fernando VII. Sin embargo, los españoles que lucharon contra Napoleón fueron escrupulosos en detectarlos y fueron denunciados a la Inquisición como traidores y masones. Ante semejante situación, numerosos *afrancesados* (en el sentido amplio del término) que se

---

3. *Ibd.*, leg. 3592, caj. 2.

4. *Ibd.* Sin embargo, junto a los papeles descritos también nos encontramos con «la lista de individuos españoles que componían la logia de *Beneficencia de Josefina*» y otra lista «de masones de la logia de San Juan de Escocia bajo el título de la *Estrella de Napoleón*». Ignoro si tales documentos también se hallaban en las «siete arrobas de papeles» anteriormente denunciadas o, por el contrario, fueron recogidos por la Inquisición a través de otras denuncias y archivados junto a ellos por afinidad temática.

autodelataron espontáneamente con el fin de evitar un castigo mayor, descubrieron de este modo la red de logias y sus componentes que existieron en España durante el dominio de Napoleón⁵.

3. Finalmente, desde el punto de vista de las acusaciones, se debe tener en cuenta una nueva masonería que, a falta de otro término más apropiado, denominaremos *masonería liberal*. Como ya es sabido, paralelamente a la lucha por expulsar a los franceses de la península, se estaba produciendo una auténtica revolución liberal, cuya expresión máxima es, sin duda, la Constitución de 1812⁶. El régimen absolutista implantado por Fernando VII no sólo persiguió a los afrancesados tachándolos de traidores, sino que también con la misma o mayor saña trató de apresar a los liberales, los cuales, aunque españoles, eran enemigos del régimen. Tras la restauración absolutista de 1814, gran parte de los liberales de Cádiz emigraron a otros países, pero un sector, cuyos nombres resultan menos conocidos, quedó en la península, siendo denunciados al Santo Oficio por liberales y masones. Demostrar que los liberales gaditanos pertenecieron a la masonería resulta difícil de probar y lo considero bastante improbable a pesar de las listas que la propia Inquisición realizó con sus nombres⁷. Ahora bien, he podido constatar que un número importante y cualificado de los liberales emigrados se iniciaron en la masonería durante su estancia en los países emigrados. Este es el caso de José Bonilla, religioso franciscano con fama de liberal en Cádiz, como se deduce de sus propias declaraciones, que emigró a Puerto Rico en 1814, donde recibió el título de masón firmado por José de Peñaranda y que en su propio convento reunía a diversas personas –tanto laicos como compañeros religiosos– en una especie de logia hasta que fue apresado por el Comisario General de Indias que lo envió a Barcelona para que el Santo Oficio le levantara proceso⁸.

Con todo, no es mi propósito clasificar las «diversas masonerías» que existieron en España durante la invasión napoleónica, por parte ya enunciadas por Ferrer Benimeli, ni realizar disquisiciones sobre la veracidad de las delaciones sobre masonería que, tras 1814, se presentaron en la Inquisición, sino que mi intención es dar a conocer una logia –en mi opinión– desconocida que tuvo lugar en Manzanares (Ciudad Real)

---

5. La mayor parte de documentación sobre masonería que existe en los fondos de Inquisición pertenece a este tipo de masonería. Me remito al trabajo «Fuentes para el estudio de la masonería, en la sección de Inquisición del Archivo Histórico Nacional», que presenté en el I Symposium Internacional sobre Masonería. Zaragoza, 1983, en *La Masonería en la Historia de España*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1985, pp. 349-358.

6. Me remito a los diversos estudios del profesor M. ARTOLA entre otros, *La España de Fernando VII*. Madrid, 1968.

7. La mayor lista, que me he encontrado, de liberales denunciados al Santo Oficio como masones, consta de 105 individuos, entre los que destaca en los primeros lugares Agustín de Argüelles. AHN, Inq. leg. 4499.

8. *Ibidem*, leg. 2177. El proceso se halla incompleto.

durante el periodo en el que la península estuvo invadida por las tropas de Napoleón.

La Logia Bonapartista de Manzanares

El 9 de abril de 1815, María del Rosario Pérez del Sacramento, de estado doncella, terciaria de Santo Domingo, vecina de Almagro, «por descargo de su conciencia» como muchos españoles, se presentaba ante fray Hipólito Granados de la Santísima Trinidad, *calificador* del Santo Oficio, que hacía las veces de *comisario*, y ante Juan José Martín de la Vieja, *familiar* del Santo Oficio en dicha villa, que ejercía el cargo de *notario* del Santo Oficio, para declarar lo siguiente:

«... dice y denuncia que habrá tres años (poco más o menos) que hallándose en casa de José Pimienta, vecino de la repetida ciudad (de Almagro), donde permaneció algunos días y noches por temor de los franceses que a la sazón estaban en la misma ciudad, observó una de las noches que toda la familia de dicha casa estaba como inquieta y apesadumbrada y sintiéndolo la exponente, por agradecida al bien que le hacían, preguntó la causa y motivo de aquella inquietud, a que le contestó Patricia Pimienta, hermana de José Pimienta, que un sacerdote secular había sacado a su hermano aquella noche fuera de su casa y había vuelto después a ella tan asustado y sobrecogido de lo que había visto y a donde lo había llevado el sacerdote (Tomás Hornedo) que a todos los de la familia los había puesto en cuidado»⁹

María del Rosario Pérez no debió sentir satisfecha su curiosidad con tan vaga respuesta y a los pocos días hacía la misma pregunta al protagonista del suceso, José Pimienta, quien, a su vez, le contestó: «que una noche lo habían llevado a una casa donde entrándolo en una sala muy oscura le hicieron la pregunta de por qué creía en Dios y otras semejantes. Que en el entretanto observó que en otra sala, que a la primera seguía, hablaban dentro de ella y le parecieron ser mujeres».

La delatora muy pronto dedujo por estas declaraciones que se trataba de la logia masónica de la que tenía conocimiento a través de ciertas conversaciones que había mantenido con diversas vecinas de Almagro: «Juana Acuña, de estado soltera y vecina del nominado Almagro, le había referido (que) había aquí una Junta de Francmasones, que ya pasaban de 20 personas las que asistían a ella». Lo mismo le había dicho Juana de Acevedo, añadiéndole que a ella asistía un sacerdote cuyo nombre no conocía, pero sí lo sabía su hermano, que era sastre, y estuvo trabajando en el lugar de la reunión. Finalmente, concluía la citada María del Rosario Pérez que «Josefa de Fuentes (entendida por la

---

9. *Ibidem*, leg. 4499, exp. 20.

Chamorrera) le había dicho que en el mes de agosto del año pasado de 1814, teniendo hospedados en casa varias personas que habían venido a la feria que por entonces hay en esta ciudad, eran muchas las conversaciones que les había oído y que le habían parecido muy malas... y se acuerda que les había oído decir que para septiembre inmediato se levantaría el estandarte y al rey se le echaría a la ocupación de guardar cerdos con otras expresiones semejantes»¹⁰.

No hace falta señalar que nuestra ingenua delatante metía en el mismo saco a los masones, afrancesdos y liberales, como se comprueba en la declaración. Pero tal y conforme la realizó, se mandó al tribunal de Toledo, a fin de que los inquisidores la estudiaran. Casi a vuelta de correo, los inquisidores toledanos daban orden al *calificador* y al *familiar* de Almagro para que interrogasen a José Pimienta y a todas las personas mencionadas en la delación.

El 6 de mayo, José Pimienta comparecía ante los oficiales inquisitoriales mencionados, realizando una extensa declaración. No voy a relatar la autobiografía que expone el propio José Pimienta, aunque confieso que resulta harto interesante y aleccionadora, sino que voy a resumir los puntos relativos a la masonería, que es lo que interesa para nuestro tema.

En primer lugar, José Pimienta ocupó un cargo de responsabilidad en la administración durante el gobierno francés que le acarreó todas sus desgracias. Así lo declaró él mismo ingenua o cínicamente: «... receloso el declarante de si había podido influir en esta nueva persecución el haber admitido (aunque con la mayor repugnancia) la administración de los bienes nacionales que el intruso gobierno había mucho antes establecido en Almagro».

En segundo lugar, la aceptación de tal cargo hizo pensar a los franceses y a los propios afrancesados que José Pimienta se sentía vinculado a ellos ideológicamente, cuando en realidad se trataba de un aprovechado de las circunstancias. Ello hizo que fuera invitado a la *reunión* de masones¹¹ que celebraban los afrancesados de Almagro: «El presbítero Pedro de Estala, natural de la villa de Daimiel y redactor de la Gaceta de aquel intruso gobierno, y don Tomás Hornedo, presbítero, también vecino y natural de Almagro..., lo llevaron a otra casa, sita en la calle Clavería, propia de don Antonio Ceballos, hoy contador de esta mesa maestral y entonces ausente y prófugo huyendo de los franceses y desierta esta casa por dicha causa». Entre las diversas personas que vio (hombres y mujeres) sólo pudo distinguir «al ministro de lo interior del gobierno intruso, Marqués de Almenara».

Semejante reunión le asustó y huyó precipitadamente de ella escon-

---

10. Ibidem.

11. En las declaraciones de los testigos se utiliza indistintamente los términos de *reunión* y *logia*, mientras que cuando se refieren a la masonería en Manzanares siempre utilizan el término *logia*.

diéndose en un pajar hasta que se fueron los franceses de la ciudad, pues, el misterio con que se celebraba dicha junta «le inclinó a creer que... sería alguna de las que había oído llamar logias de Francmasones».

Finalmente, temiendo ser perseguido por los afrancesados, que habían quedado en la ciudad tras la salida precipitada de los franceses, por considerarlo traidor como «efectivamente lo intentaron –decía el propio José Pimienta–, así pasado algún tiempo los gobernantes o jefes españoles del gobierno intruso en Manzanares, cuyo prefecto era un tal Sarrachaga», huyó a «territorio no sometido al gobierno intruso»; en concreto marchó a Elche de la Sierra, donde se encontraba la Junta Provincial de La Mancha, pero aquí tampoco fue recibido muy cordialmente: «Usted tiene muy bellas cualidades, pero retírese de aquí», se le contestó tras haberle oído relatar sus desventuras y peripecias considerándolo colaborador del gobierno intruso. De esta forma se encontró «prófugo a causa de los franceses y francmasones y abandonado de los españoles». Por ello, acusaba ante el Santo Oficio a más de un centenar de personas, tanto del bando afrancesado como del bando español, pues, decía, «había sido perseguido por ellas sin ser masón». Evidentemente, tal relación no se la creyó ni el mismo fiscal del Consejo de Inquisición a quien se le había mandado la lista¹²

Enviada la nueva declaración al tribunal de Toledo, se contestó que se investigase qué había de cierto en ella, por lo que el *calificador* y *familiar* del Almagro comenzaron a interrogar a todas las personas cuyos nombres aparecieron en las diversas declaraciones.

El 10 de julio de 1815, el propio Juan José Martín de la Vieja (el *familiar* del Santo Oficio en Almagro) comunicaba a fray Hipólito Granados que se había enterado a través de fray Manuel Galiana, prior del convento de dominicos de dicha ciudad, que Fernando de Acevedo, «de esta ciudad... era uno de los que había concurrido o entrado en la logia de Francmasones». A los pocos días, ambos fueron llamados a declarar. Acevedo dijo que «a últimos del año 1809 o primeros de 1810, hallándose en esta ciudad los franceses» fue llamado a trabajar, junto a su amo, que era sastre, a dicho lugar para coser unos vestidos indecentes de mujer. El resto de la declaración coincidía con la que había realizado José Pimienta, si bien, Acevedo aportaba los nombres de las personas que se reunían y que Pimienta no había conseguido distinguir a causa de la oscuridad. La reunión estaba compuesta «por oficiales franceses y otras personas españoles paisanos; a saber, doña Josefa de Antequera y sus dos hijas; el intendente Sarrachaga; el presbítero Tomás Hornedo, natural de esta ciudad y residente en Francia; el presbítero Tomás Andarias, teniente cura de la parroquia de la Madre de Dios de esta

---

12. AHN, Inq. leg. 4499, exp. 20. Los textos entrecuadrados que aparecen posteriormente en el trabajo están tomados de esta signatura.

ciudad; don Manuel de Zubiría y su mujer, María Rita Gaona (...) y el padre fray Angel Moreno, religioso sacerdote (de la orden) de Santo Domingo, existente hoy en su convento de Alcaraz».

En cada una de las declaraciones aparecían nuevos nombres de testigos que a su vez eran interrogados, alargando la investigación sin resultados concluyentes (declararon 28 personas). Por fin, tras un mes de interrogatorios comenzaron a aparecer una serie de testigos muchos más cultos y que hablaban con mayor propiedad y conocimiento de la masonería que los anteriores, cuyas opiniones y denuncias estaban mezcladas de superstición e ignorancia. El primero de ellos fue Francisco de Paula Acuña, abogado de los reales consejos y procurador síndico de Almagro, afirmando bajo juramente que era «voz común pública y notoria en esta ciudad y pueblos inmediatos, que en dicho tiempo (de los franceses) hubo en Manzanares *logia* formal y corriente», mientras que en Almagro «hubo también, a lo menos, *Junta* de masones», a la que pertenecían, aunque él no los había visto asistir: Juan José Pérez de la Rosa, médico en Almagro; José Pérez de Gracia, natural de Almagro y residente en la Carolina; Tomás Hornedo, presbítero, natural de Almagro y residente en Francia; Pedro Estala, natural de Daimiel y residente en Francia, fue redactor de la Gaceta del gobierno intruso; dos hermanos de éste, religiosos de la orden de Santo Domingo, de los que no sabía dónde residían; Bartolomé de Flórez, «contador de esta mesa maestra por ambos gobiernos, residente en Madrid»; Florentino Sarrachaga, «intendente y prefecto de esta provincia por el gobierno intruso»; Gabriel Tagle, administrador de los bienes nacionales en tiempos de los franceses; Antonio de Porras, natural de Ciudad Real, «oidor de la comisión criminal establecida en Manzanares por los franceses», y Benito María Ciria, «gobernador de Almagro por el intruso gobierno, que es ya difunto»¹³.

El resto de las declaraciones no añadieron nada nuevo a la completa descripción realizada anteriormente en cuanto a la masonería en Almagro se refiere. Sin embargo, por interés de los oficiales inquisitoriales, se comenzaron a precisar las vagas noticias que se tenían sobre la logia de Manzanares. Así, tras la declaración de Francisco de Paula Acuña, un franciscano, residente en la ciudad de Almagro (Manuel Ramón de Almagro) declaraba que «ha oído como voz general que en Manzanares hubo logía en las casas de don Francisco Treviño» y a ella pertenecía el padre Nicasio Manzanares. Lo mismo afirmaba otro religioso, añadiendo que Manuel Lanza, natural de Almagro y residente en Francia, también perteneció. Finalmente, Juan Antonio Ruiz de Santa Rita, sacerdote agustino, que había estado residiendo en Manzanares durante el dominio de los franceses en la península, daba las primeras noticias

---

13. Gran número de estos masones fueron apresados posteriormente por la Inquisición y se les hizo proceso. Me remito a «Fuentes para el estudio de la masonería, en la sección de Inquisición...», *op. cit.*

fidedignas y coherentes de la logia. Según el religioso agustino, dicha logia se reunió al principio en casa del párroco, don Pedro Alvarez y Sotomayor, del hábito de Calatrava, «donde estaba alojado uno de los mandantes de los franceses», posteriormente, se reunió «en otra casa de aquella población cuyo dueño ignora».

Como es fácil suponer, el siguiente testigo a declarar fue el propio párroco de Manzanares, Pedro Alvarez y Sotomayor, el cual ratificó lo expuesto por el religioso agustino, añadiendo los nombres de los españoles que la componían. Estos eran: «Florentino Sarrachaga; Blas Quesada, presidente del tribunal criminal establecido en Manzanares por el «gobierno intruso» y natural de Valdepeñas; Antonio Porras, oidor del mismo tribunal y natural de Ciudad Real; Fernando Canaborda y Núñez, oidor del mismo tribunal y natural de Manzanares; N. de N., fiscal del mismo tribunal, gallego de nación; un criado de éste, cuyo nombre ignora, que fue portero de la logia; José de Gárate, que también era oidor del tribunal y natural (le parece) de Valladolid; N. de Orozco, antes oficial de la contaduría de Ciudad Real por el legítimo gobierno y después del intruso... ha oído, estar ahora en Madrid; Manuel de Zubiria; N. de N., actual prior de la villa de Herencia y Sanjuanista».

Pocas más noticias se pueden sacar de las declaraciones posteriores; no obstante resultan suficientes para extraer algunas fundamentales conclusiones.

En primer lugar se observa que gran número de los componentes pertenecían a ambas «reuniones» de masones, si bien, es preciso matizar que mientras la logia de Manzanares estaba compuesta por los afrancesados que ocupaban los puestos de mayor responsabilidad en el gobierno de La Mancha, la *reunión* de Almagro tenía un sentido más localista, puesto que estaba integrada por la élite culta de Almagro, que se sentía contraria al sistema absolutista, la cual se reunía con los cargos administrativos del gobierno afrancesado en La Mancha que residían en Almagro y –a su vez– participaban en la logia de Manzanares.

Por consiguiente, se constata una cierta dependencia de la *reunión* de Almadro con la *logia* de Manzanares. El problema que plantea esta relación es saber si se trataba realmente de dos *logias*, una de las cuales (la de Manzanares) aglutinaba o confederaba (*logia capitular*), no sólo a la de Almagro, sino también a otras posibles existentes en La Mancha o, por el contrario, se trataba de una sola *logia* (la de Manzanares) donde se reunían los representantes del gobierno francés de la mayor parte de los pueblos de La Mancha, los cuales cuando volvían a su lugar habitual de residencia (como en el caso de Almagro) celebraban *reuniones* con las personas (normalmente cultas) que sentían simpatías por la forma de gobierno napoleónico. A través de los documentos inquisitoriales resulta difícil descifrar tal disyuntiva. Con todo, basándome en ellos, me inclino a pensar como verdadera la segunda proposición. Es decir, sólo existía

una sola *logia*, situada en Manzanares, que aglutinaba a todos los masones de La Mancha.

Finalmente, como algo complementario a esta investigación, es preciso volver a subrayar la equiparación que el propio Estado hacía, a través de sus ideólogos, de todas las corrientes de pensamiento contrarias al absolutismo tildándolas de masónicas. De este modo, se inculcaba a la sociedad cuál era la ideología ortodoxa mientras alimentaban una confusión de otras corrientes, todas «malvadas» y desconocidas, que se pueden tachar con el nombre de *heterodoxas*. Menéndez y Pelayo supo captar perfectamente esta realidad.